

MARTÍNEZ MILLÁN, José, *El mito de Faetón o la imagen de la decadencia de la Monarquía Católica*, Granada, Ed. Universidad de Granada, 2011, 180 pp.

Creo que no exagero al afirmar que el profesor Martínez Millán, catedrático de Historia Moderna de la Universidad Autónoma de Madrid, es uno de los modernistas más activos y destacados en la actualidad. A su amplia producción historiográfica, de las que son buenos exponentes recientes la publicación de su libro de síntesis, *La Inquisición española* (2009) o los cuatro impresionantes volúmenes sobre *La monarquía de Felipe III. La Corte y la Casa del Rey* (2008) coordinados en colaboración con M.<sup>a</sup> Antonietta Visceglia (que forman parte de un estudio sistemático de la corte en la España moderna), hay que unir su labor como creador e impulsor de grandes proyectos de docencia e investigación, como el Instituto Universitario “La Corte en Europa”, del que es director, o los magnos congresos internacionales en los que con frecuencia convoca a Jo más granado del modernismo español y europeo.

Este último trabajo personal que voy ahora a comentar se inscribe en las investigaciones que actualmente está llevando a cabo, junto con un grupo amplio de colaboradores, sobre la corte y el reinado de Felipe IV. Se trata de un breve pero muy interesante estudio sobre la decadencia de la monarquía española, centrado en un aspecto concreto, el de las relaciones hispano-romanas durante los siglos XVI y XVII. *El mito de faetón o la imagen de la decadencia de la monarquía católica* es un libro de investigación primaria, basado en documentación inédita procedente de los ricos archivos vaticanos y de la sección de Estado del AGS, donde se da una visión muy sugestiva y original de la decadencia española. En él Martínez Millán intenta superar la tópica visión que explica la decadencia de la monarquía española por causas económicas, basándose en análisis cuantitativos de las finanzas reales, la fiscalidad o la producción agraria o artesanal, para ofrecer un enfoque mucho más amplio, donde tengan cabida factores más complejos como la religión. El nacimiento y la expansión de la monarquía española, a su juicio, estuvo motivado también por causas religiosas y la decadencia fue propiciada por la defensa del catolicismo, que alentó a otras monarquías para que redujeran su poder hasta llegar a su destrucción, con la anuencia del papado.

La evolución de la monarquía católica recuerda al mito de Faetón, descrito en la *Metamorfosis* de Ovidio, un mito muy recurrente durante el barroco en autores como Quevedo o Calderón, que simboliza la fugacidad y la imprudencia política y que se aplicó para describir la conducta de los políticos que gobernaron nuestro país durante esta etapa, especialmente para referirse a Felipe IV. A Faetón, hijo de Climene y el dios Helios, su padre le permite conducir por un día el carro de fuego. Su imprudencia e inexperiencia originan el desboque de los caballos, y la aparición de los casquetes polares o los desiertos según el carro de Helios se alejara o acercara a la tierra, hasta provocar la ira de Júpiter y su caída al río Erídamo, donde el héroe se ahogó. Al igual que en el mito de

Faetón, la monarquía católica, que debía su grandeza al papado, cuyas bulas alejandrinas le habían permitido su expansión por el continente americano y sentar las bases de su poder universal, al someter al propio papado a su conveniencia y amenazar la natural estructura política de la cristiandad, sufrió la ira de Roma. Cual Júpiter enojado, el papado lanzó sus rayos espirituales contra la monarquía católica, coaligando contra ella a los poderes europeos durante la guerra de los 30 años, hasta provocar su completa derrota.

Si la formación del Imperio español tuvo una justificación claramente cristiana, basada en argumentos religiosos (la defensa de la religión católica y los privilegios otorgados por la divinidad), su decadencia también sería causada por los mismos principios. El análisis de las relaciones entre el Papado y la Monarquía católica durante el siglo XVII, muestra el proceso según el cual Roma recupera los privilegios que había otorgado a la monarquía española hasta someterla a su control.

Establecidas las bases de este planteamiento en la introducción del trabajo, a lo largo de tres capítulos va desarrollando sus argumentos. En el primero analiza los fundamentos ideológicos de las relaciones hispano-romanas. La identidad de la monarquía hispana, al menos tal y como se presentaba de cara al exterior, consistió en la propagación y defensa de la fe cristiana. Las bulas otorgadas por Alejandro VI a los Reyes Católicos avalaban esta visión y servían para justificar la práctica política de los monarcas españoles. Primero el emperador Carlos V como jefe de la cristiandad y después Felipe II, que, aunque separado de la herencia del imperio, recuperó el viejo concepto medieval de monarquía universal cristiana, erigieron a la monarquía hispánica como un poder hegemónico, que se justificaba en los principios de la *christianitas*, aunque la legitimidad de estos argumentos residían en Roma, a quien correspondía definir la doctrina religiosa, lo que trajo consigo dar un gran protagonismo al papado.

Los enemigos de la monarquía española acusaban a la monarquía católica de utilizar la defensa de la religión como una táctica para aumentar su poderío. Tampoco el papado podía admitir que ésta impusiera una ortodoxia religiosa de acuerdo con sus intereses políticos, ni la influencia de los reyes en los cónclaves de elección de papa, a través de sus amplias redes clientelares, ni la constante invasión de la jurisdicción eclesiástica. Para conseguir su independencia, el papado estableció alianzas con los distintos estados europeos, imponiendo una nueva ideología y una nueva forma de entender el catolicismo más radical —el llamado espíritu de la contrarreforma— y a nivel político construyó una doctrina que defendía la subordinación de todos los monarcas —también los Austrias— a los pontífices.

A describir la lucha del papado contra la monarquía católica por su independencia, dedica el capítulo II, el más amplio de los que componen el libro. Un proceso que comienza claramente con Clemente VIII a fines del siglo XVI. Este pontífice, además de culminar el proceso de ordenamiento jurídico e institucional

de la Iglesia, acabó con la injerencia de la monarquía española en los cónclaves y configuró el papado como una monarquía absoluta con una política cada vez más independiente. Más tarde, la fundación de la Congregación de *Propaganda Fide* por Gregorio XV, surgida para el proyecto de evangelización de China, recuperaba para el papado la función misionera, contrarrestando la acción del Regio Patronato, y arrebatada a los monarcas españoles el monopolio de la evangelización, separando la actividad misionera del colonialismo de las monarquías.

Al mismo tiempo, cada vez era más débil la influencia de los monarca hispanos en la Curia romana y los pontífices actuaban de forma más independiente. La elección de Urbano VIII y su política hostil a la monarquía católica a lo largo de la Guerra de los 30 años son buena prueba de ello. Los desaires sufridos por el embajador español, conde de Siruela, por la admisión de un embajador del Portugal sublevado, ponen de manifiesto la pérdida de influencia de la monarquía católica. Una situación que continuaría durante los pontificados de Inocencio X, que aprovechó cualquier ocasión para demostrar su independencia política y jurisdiccional de las monarquías europeas —en especial de España y Francia—, a la vez que cambiaba la estructura sociopolítica de la corte de Roma y de la Casa del Papa.

Pero sería el cónclave que eligió a Alejandro VII el que puso de manifiesto la independencia cada vez mayor del colegio cardenalicio, a pesar de los esfuerzos y las grandes sumas gastadas por Felipe IV para propiciar un papa favorable a sus intereses. La existencia en el cónclave del llamado “escuadrón volante”, constituido por los cardenales más jóvenes y mejor formados, trabajaría a favor de un papa “prudente, sabio y piadoso”, independiente de España y Francia. A ellos se sumaba la reina Cristina de Suecia que se hallaba en Roma, tras abdicar y haberse convertido al catolicismo. La política de este pontífice no solo sería independiente de las injerencias de España, sino también de Francia. Desde mediados del siglo XVII los cambios políticos y sociales en el Papado propiciaban que las relaciones con la monarquía española no se establecieran a nivel personal, sino a un nivel cada vez más institucional con una embajada que se convirtió en una institución estable, tras un fuerte proceso de institucionalización en su estructura y ordenanzas.

Pero sin duda el triunfo mayor del Papado sobre la monarquía católica estuvo en la imposición de una espiritualidad radical, dictada desde Roma y difundida por todo el mundo mediante un sistema de enseñanza a través de las órdenes religiosas. A estos aspectos dedica Martínez Millán el capítulo tercero de su libro. La contrarreforma impuso un modelo cultural formulado desde Roma, transmitido por un sistema unitario de estudios, que articulaba el saber humanista con el nuevo saber teológico y que era difundido por oratorianos y jesuitas. Roma asumió el papel de guía del mundo católico, sin admitir interferencias de los reinos. La Compañía de Jesús y las órdenes descalzas contribuyeron a difundir el modelo de perfecto católico. La construcción de un modelo de

príncipe cristiano comienza con el jesuita Ribadeneira, continúa con Belarmino y Suárez, hasta llegar a su máxima expresión con Juan Eusebio Nieremberg, que identifica la conducta política del rey con la ética católica y al monarca virtuoso con el periodo de esplendor y abundancia de los reinos. La preeminencia de la religión sobre la política queda sancionada: “La virtud de un príncipe —llega a afirmar Nieremberg—, causa más bien a la república que las buenas leyes”.

La asunción de este modelo por parte del rey Felipe IV, patente en la correspondencia sostenida en la última etapa de su reinado con Sor María de Ágreda, pone de manifiesto, a juicio de José Martínez Millán, el triunfo de Roma sobre la monarquía hispana y sus monarcas y marca el punto final de esta evolución de la monarquía en su camino a la decadencia.

En resumen, un interesante y brillante estudio, cuya sugerente tesis sólo puede surgir de alguien como su autor, gran conocedor de los complejos entresijos políticos de la etapa, a la vez que de los factores religiosos e ideológicos que condicionan muchas de las decisiones políticas durante la misma.

*Inmaculada Arias de Saavedra Alias*